

## **Pedagogía kentenijiana**

Durante su extensa actividad pastoral, el Padre Kentenich se refirió en múltiples ocasiones al tema pedagógico. Conforme a su estilo, en retiros, jornadas, charlas y algunos libros desarrolló – siempre en función de los intereses de su audiencia – su respuesta a las grandes problemáticas de la formación del ser humano. Debido a ello, en las distintas ocasiones en que desarrolla los diversos temas y contenidos es posible reconocer diferencias y acentos. Sin embargo, de dicha actividad emana, nítida, una propuesta pedagógica que ha demostrado una gran capacidad para plasmar la vida de individuos y comunidades.

Dicha propuesta, basada en las verdades fundamentales del cristianismo a la vez que adecuada a las necesidades del hombre actual, es el resultado de la reflexión sobre los procesos de desarrollo de las personas y comunidades que el Padre Kentenich tuvo la oportunidad de acompañar – a veces, durante décadas – como educador. Si bien está basada en una sólida fundamentación teórica, su propuesta corresponde a una sistematización de su propia experiencia y de sus observaciones sobre la vida de quienes acompañó pastoralmente.

La preocupación principal del Padre Kentenich es la santidad de cada individuo – y por extensión, de cada comunidad humana - su plena realización en los ámbitos natural y sobrenatural, como hombre y como hijo de Dios. En conformidad con lo anterior, su propuesta pedagógica es una síntesis teórico-práctica de los temas centrales de la tradición cristiana: una forma de entender la vida humana y sus dinámicas de desarrollo; y el lugar y el rol de la acción de la gracia – el amor – de Dios en ella.

Presentamos a continuación los componentes fundamentales de la propuesta pedagógica del Padre Kentenich: los principios de la educación y las estrellas de la pedagogía.

### 2. Principios de la educación:

Se presentan a continuación los tres principios de la educación, conforme a la concepción del Padre Kentenich. Ellos corresponden a las nociones fundamentales que sirven de base a la concepción y las prácticas pedagógicas por él desarrolladas.

#### 2.1 El orden de ser determina el orden de actuar:

Para el Padre Kentenich toda acción educativa supone una forma de comprender al ser humano. Esto significa que todo sistema educativo implica una antropología, una forma de entender la vida humana y sus dinámicas de desarrollo, las que el

educador debe respetar si quiere ser fecundo. En otras palabras, se quiere decir que el ser del educando determina el orden de actuar – los fines y los objetivos, las actividades y tareas – del educador y de la educación.

En cada ser humano es posible reconocer un deseo original de Dios , el que se expresa en sus características personales: sexo, personalidad, historia, vínculos, etc. El educador debe reconocer dichas particularidades y adecuar su acción educativa a ellas. De este modo, la forma de ser del educando, a la vez que se transforma en el punto de partida de la acción del educador, también se constituye en sus límites, ya que determina las metas, las estrategias, los métodos pedagógicos y el propio ser del educador. Su acción, incluso cuando está orientada por el bien del otro, nunca puede transgredir la realidad propia de aquel que educa.

La aplicación de este principio al ámbito escolar implica que tanto desde el punto de vista organizativo como curricular, procuramos que nuestro estilo educativo respete en cuanto sea posible las características propias de nuestros alumnos y cursos en cuanto a edad (conformación de los cursos), sexo (diferenciación de dos colegios), capacidades (actividades de libre elección) e intereses (formación diferenciada).

2.2 La gracia presupone, sana, eleva y perfecciona la naturaleza:

Dios es el gran Educador, Él quiere y busca la transformación y la perfección de cada hombre. En su acción educativa, Dios se pone al servicio del desarrollo de la naturaleza humana, llevándola a su plenitud. Conforme a la comprensión del Padre Kentenich el desarrollo de cada persona como ser natural no contradice su desarrollo como ser sobrenatural – hijo de Dios - sino que es su condición de realización. En efecto, nadie puede crecer en el plano sobrenatural si no se ha desarrollado en su dimensión natural. De otro lado, sin embargo, lo anterior también implica que el proceso pedagógico no puede limitarse al mero ámbito natural, ya que el ser humano está llamado a una mayor plenitud: “Primero hombre; después cristiano. Entonces, plenamente humano”.

La acción educativa supone que Dios crea a cada persona como ser único e irrepetible y, en consecuencia, implica el reconocimiento y la valoración positiva de aquellos rasgos que constituyen la originalidad de cada individuo: sexo, estructura de personalidad, historia de vida, tendencias naturales, gustos, etc. Conforme al plan creador de Dios, todo lo que poseemos en el plano natural nos ha sido dado para buscar nuestra propia realización. Sin embargo, debido a que somos seres heridos por el pecado original, requerimos de la educación como camino para reorientar todas esas capacidades hacia un fin mayor: hacia el encuentro con otros hombres, la transformación del mundo y, finalmente, para reencontrarnos con Dios.

Por otra parte, es importante tener presente que en la comprensión del Padre Kantenich Dios actúa fundamentalmente a través de las causas segundas libres: las personas. En efecto, la acción educativa de Dios, que ocurre por medio de su amor gratuito – su gracia –, es experimentada normalmente a través de la acción de personas concretas que hacen presente Su amor en el mundo y en la historia. Para poder obrar en el mundo, por lo tanto, Dios cuenta con el ser humano, con sus perfecciones e imperfecciones; ante todo, con sus posibilidades y anhelos de plenitud.

La gracia de Dios es recibida conforme al modo de existencia de quien la recibe. Esto significa que las características de cada persona y cada comunidad constituyen un especial recipiente para la acción de la gracia. Esta no actúa mecánicamente sobre la persona, sino que supone la voluntad y la libre receptividad humana. En efecto, Dios – su amor gratuito – sólo es eficaz para sanar y transformar al hombre en la medida en que éste abre su voluntad y lo deja entrar en su existencia. En este contexto, el proceso educativo tiene como finalidad contribuir a ampliar en cada persona y comunidad su apertura para recibir y dejar actuar la gracia en sus vidas.

### 2.3 El amor es la ley fundamental y universal del mundo:

Para el Padre Kantenich el amor es la principal fuerza transformadora de la vida humana. El ser humano crece y se desarrolla hacia su propia plenitud en tanto ama. La plenitud de la vida consiste en la plenitud del amor. En efecto, mediante el amor el hombre trasciende su propia (a veces limitada) existencia y logra proyectar su ser hacia otras realidades. Con ello, a la vez que extiende su comprensión del mundo, de los demás y de sí mismo une su vida a esas realidades, ampliando su horizonte existencial y sus posibilidades de ser. El amor es una fuerza humanizadora; mediante el amor nos hacemos personas.

Dios es amor. La fuerza creadora y transformadora de Dios se fundamenta en su amor. El ha querido compartir con el ser humano algo de su propia realidad al dotarlo de la capacidad de amar. En efecto, el amor humano es expresión del amor divino. Cada vez que ama, por tanto, el ser humano realiza una dimensión de su propia realidad que lo hace más imagen del Creador. Mediante el amor, nos divinizamos, nos hacemos más semejantes al mismo Dios. Cuando un hombre ama, es Dios quien ama en él.

Por amor se entiende en este contexto una fuerza plasmadora y unitiva que dista de ser mero afecto. El amor auténtico es compromiso con el bien del amado, con su desarrollo y crecimiento. Por lo mismo, es un amor exigido y exigente; capaz

tanto de perdonar como de orientar y corregir. Se trata finalmente, como en Jesús, de un amor capaz del sufrimiento y la cruz por el bien de quien se ama.

Desde el punto de vista psicológico, sin embargo, lo normal es que para poder llegar a amar las personas deben primero experimentarse amadas. En efecto, la experiencia de ser objeto de un amor auténtico y desinteresado es condición para poder amar a otros. Lo anterior tiene serias implicancias en el contexto educativo, ya que el desarrollo armónico de los educandos dependerá de la existencia en la escuela de un clima fuertemente afectivo y de la presencia de educadores capaces de amar a los alumnos que les han sido confiados, de modo de despertar su capacidad de amar. El Padre Kentenich sostiene que “el educando, antes de ser educado, quiere ser amado”. ¿Cita?

“La historia de un hombre es la historia de su amor”. ¿Cita? Con esta afirmación el Padre Kentenich busca precisar que la existencia de cada persona se construye desde un núcleo interior de subjetividad: nos movemos hacia aquello que valoramos, hacia lo que amamos. El ser humano siempre es movido por el amor, por imperfecto que éste sea. Los valores, intereses y motivaciones subjetivos de cada persona son la expresión de la orientación fundamental de su desarrollo en cada momento de su vida. El educador debe estar atento a reconocerlos y valorarlos; y debe ponerse desinteresadamente a su servicio. Para ello, debe – como condición fundamental - poder reconocer en sí mismo los valores e intereses que animan su vida personal y profesional. El diálogo fecundo consigo mismo y con los demás, especialmente con los miembros de su equipo; el cultivo del silencio y la interioridad son aprendizajes fundamentales para poder percibir los impulsos interiores de la propia vida, como supuesto para poder acompañar la existencia de quienes le han sido confiados.

### **3. Estrellas de la pedagogía :**

Bajo el concepto estrellas de la pedagogía se presentan a continuación los ejes articuladores de la propuesta pedagógica del Padre Kentenich.

#### **3.1 Pedagogía de la libertad:**

El cristianismo es ante todo una invitación de Dios al hombre y, en cuanto tal, éste sólo puede responder a ella desde su libertad. De aquí la preocupación central del Padre Kentenich de formar personalidades auténticamente libres, no sólo de las imposiciones del entorno y la cultura, sino fundamentalmente de sus propias tendencias, temores e instintos. El Padre Kentenich entiende que la libertad individual constituye el fundamento de la dignidad de la persona. Sin embargo, como educador, está convencido de que la libertad es, ante todo, una conquista que cada

persona debe alcanzar mediante la superación de los mecanismos que limitan su capacidad de amar.

En la concepción pedagógica del Padre Kentenich la educación debe contribuir a formar personas capaces de tomar autónoma y responsablemente el destino de sus vidas en sus propias manos; que puedan discernir, juzgar y decidir por sí mismas y que actúen en consecuencia. Libertad en este contexto es tanto capacidad de decidir como realizar lo decidido.

En el contexto escolar, la educación de la libertad y para la libertad supone la existencia de un conjunto de normas que aseguren las condiciones para la vida comunitaria y para el logro de los fines y metas de la institución. La responsabilidad de unos por otros implica respetar y hacer respetar esa normativa en forma lúcida y esclarecida. Por lo mismo, la preocupación central de nuestro estilo educativo consiste en la educación para la magnanimidad, esto es, que los miembros de nuestra comunidad no se limiten al cumplimiento de lo estrictamente normado (el mínimo), sino que aprendan a dar de sí mismos cuanto sea posible.

### 3.2 Pedagogía de la Confianza:

Para el Padre Kentenich el punto de partida del proceso pedagógico es la confianza en que el educando – independientemente de sus condiciones actuales – es capaz de crecer. Sin una confianza fundamental en las posibilidades de desarrollo de las personas no es posible generar cambios en otros. Por tanto, la pedagogía de la confianza implica reconocer que el educando es siempre capaz de aspirar a ideales, de amar, de buscar la verdad, de hacer el bien.

En su sentido más profundo, la pedagogía de la confianza hace referencia a una imagen de hombre; específicamente, a la idea de que en la persona siempre prevalece la imagen de Sí mismo que Dios ha impreso en la naturaleza humana. A pesar de que es posible experimentar cotidianamente su imperfección, es necesario tener presente que jamás se pierde la dignidad del hombre, la condición de hijos de Dios.

Desde el punto de vista educativo, la pedagogía de la confianza implica que el educador debe procurar siempre descubrir el fondo de verdad, de bien y de bondad que subyacen a las motivaciones actuales del educando. Desde luego, en función tanto de la edad como de condiciones particulares de algún alumno, es posible que aquello que él busca o a lo que se orienta (gustos, tendencias, intereses) pueda parecer superficial o banal al educador. Sin embargo, las posibilidades de acompañar su desarrollo dependerán de la capacidad del educador por reconocer

y valorar dichas motivaciones y ayudar al educando a descubrir nuevas y más significativas realidades hacia las que dirigir su interés.

La pedagogía de la confianza supone que el educador, convencido de las posibilidades futuras de quien educa, debe amar desinteresadamente al educando, lo que implica que debe desear y buscar siempre su bien y su desarrollo, a la vez que respetar sus ritmos, procesos y limitaciones. Sin embargo, el respeto por el educando no debe limitar o cohibir al educador en su tarea de procurar su crecimiento: por amor debe salir a su encuentro, estimular su cambio y acompañar el desarrollo de sus procesos de crecimiento, de modo de orientar éste hacia nuevos horizontes y posibilidades.

### 3.3 Pedagogía de las Vinculaciones:

La preocupación central del Padre Kentenich fue formar hombres capaces de amar, de ligarse – en libertad – afectivamente en forma estable con el mundo circundante: con las personas, con los lugares y cosas; con las ideas e ideales. La pedagogía de las vinculaciones busca poner en movimiento la capacidad transformadora y creadora del amor, de modo de llegar a formar personas que puedan poseerse a sí mismas para donarse a otros.

El Padre Kentenich afirma que “el amor es el punto de partida, el camino y la meta del sistema pedagógico”. Consecuentemente con lo anterior, la pedagogía de las vinculaciones se orienta a formar en las personas su capacidad de amar: enseñar y aprender a amar; a dar y recibir amor.

En el contexto escolar, la pedagogía de las vinculaciones supone la existencia de un clima institucional caracterizado por la existencia de sólidos vínculos entre todos los miembros de los colegios, especialmente entre los docentes y los alumnos al interior del aula. Además, implica la presencia y el cultivo de fuertes vínculos comunitarios en los cursos y grupos de docentes, personal y padres y apoderados. En consecuencia, nuestros colegios fomentan la existencia de formas libres de asociación de los diversos actores institucionales como medios para el fortalecimiento de la vida comunitaria.

El cuidado y la limpieza de salas, patios y otros espacios son indicadores de una sana vinculación al colegio como entidad física, mientras que la correcta presentación personal, la postura corporal y el lenguaje son signos de correcta vinculación con la propia realidad. El trato respetuoso y digno hacia los demás miembros de la comunidad, especialmente a los más pequeños, es un indicador de una sana vinculación a las personas.

Por otra parte, la pedagogía de las vinculaciones también supone un sano amor a los deberes y responsabilidades encomendados, tanto por parte de los alumnos como de los docentes y demás profesionales. Una sana vinculación al propio trabajo es garantía de excelencia en el cumplimiento de las tareas y obligaciones.

En el ámbito académico, por último, la pedagogía de las vinculaciones busca que los alumnos lleguen a amar lo aprendido: intencionar en ellos el desarrollo de un sano afecto por el conocimiento, de modo de generar una cultura escolar centrada en los aprendizajes y la búsqueda de la verdad.